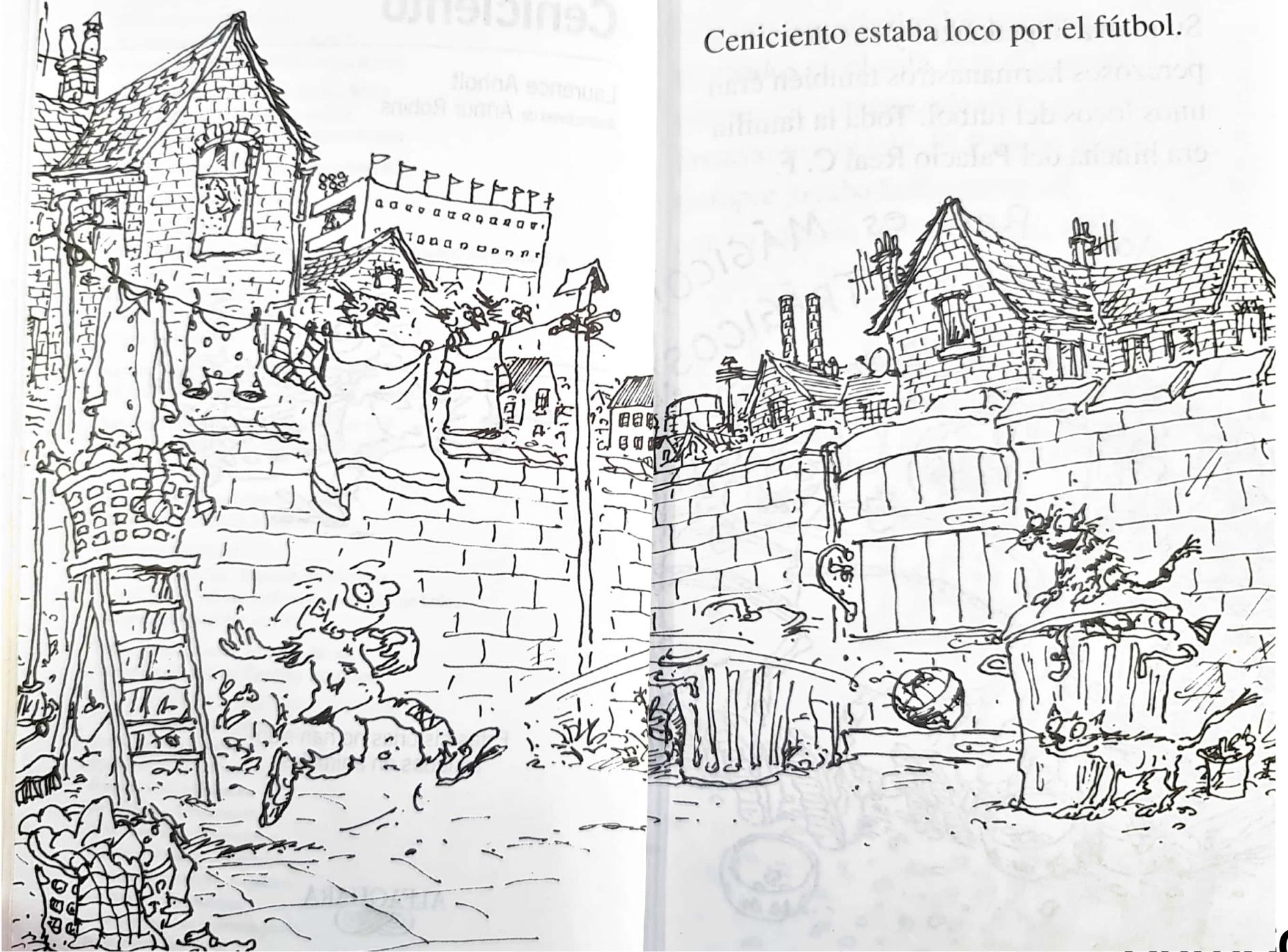


Ceniciento estaba loco por el fútbol.

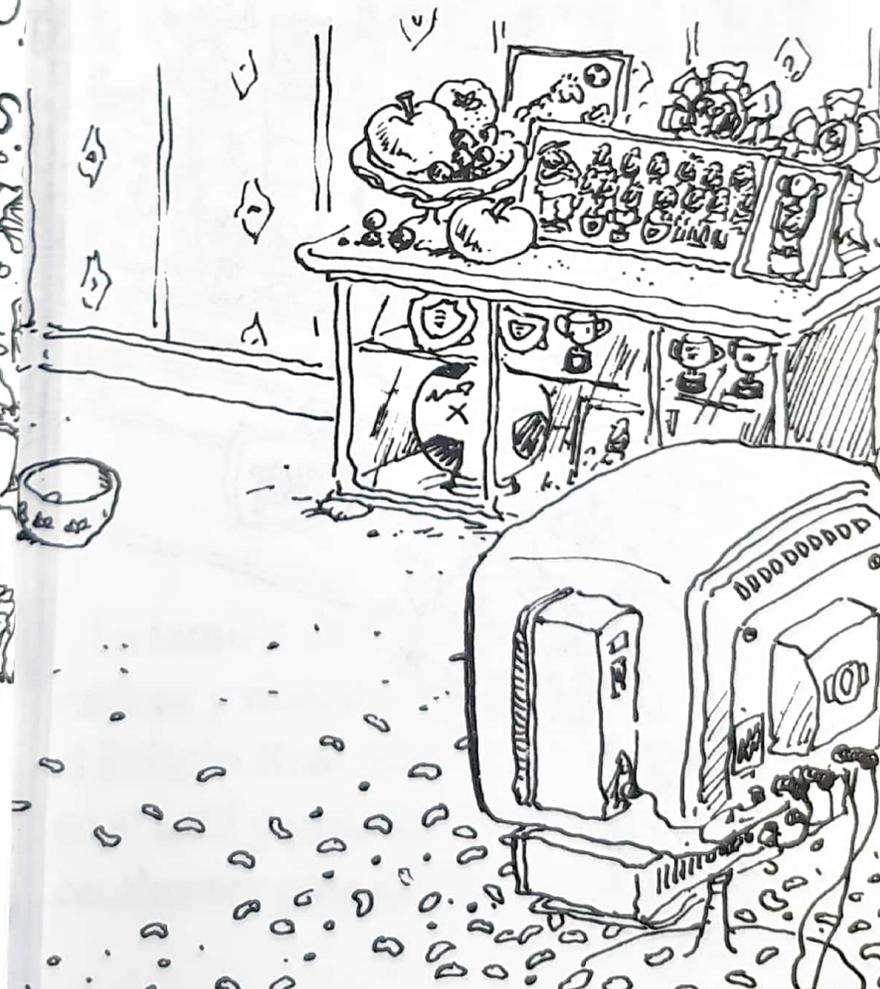


Su malvado padrastro y sus dos perezosos hermanastros también eran unos locos del fútbol. Toda la familia era hincha del Palacio Real C. F.

¡El Palacio Real es MÁGICO!
¡Los demás son TRÁGICOS!



Todos los sábados los pasaban tumbados en el sofá, con el control remoto en la mano, viendo a su equipo favorito por la tele. El Palacio Real siempre jugaba brillantemente, con su vistoso uniforme rosa chillón.

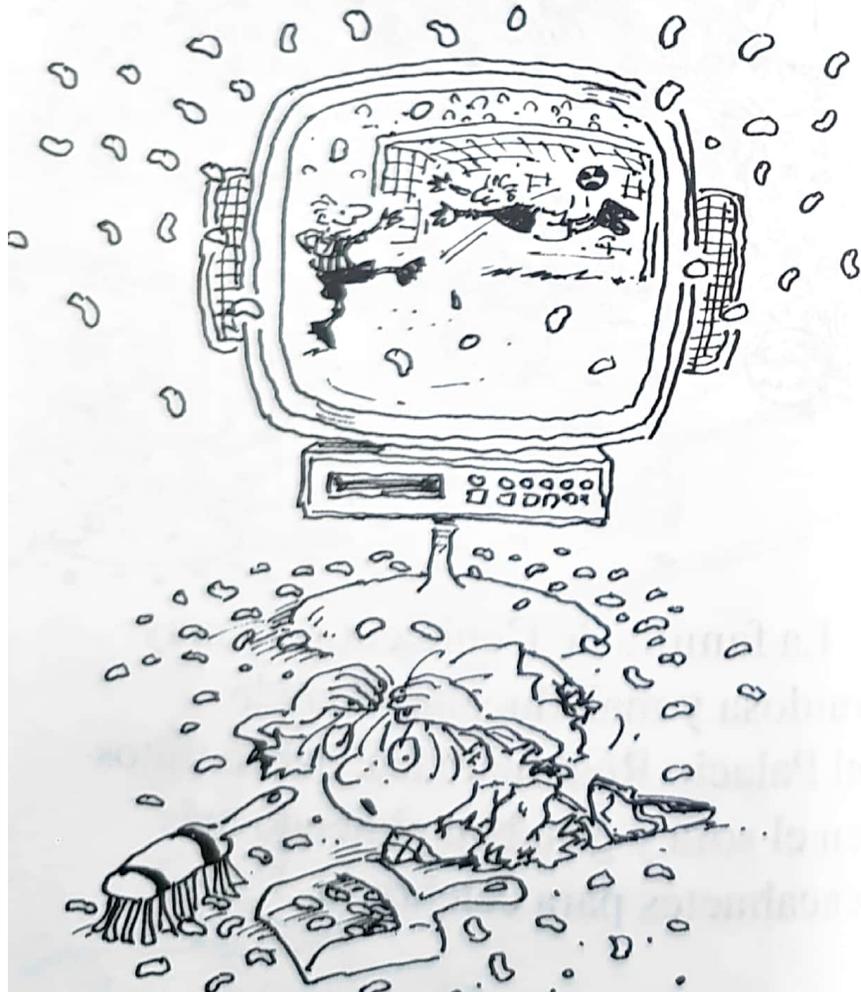


Pero al pobre Ceniciento no le dejaban ni mirar. Tenía que hacer de criado para sus hermanastros y servirles el té, y luego llevarles un bol tras otro de cacahuetes, que comían sin parar.



La familia de Ceniciento era muy ruidosa y maleducada. Cuando el Palacio Real marcaba, daban saltos en el sofá y gritaban pidiendo más cacahuetes para celebrarlo.

Y cuando marcaba el otro equipo lanzaban los cacahuetes contra el televisor, y Ceniciento tenía que recogerlos y dárselos para que pudieran lanzarlos de nuevo.



Un día, su cruel padrastro le dijo a Ceniciento: «Oye, Ceni, mañana se juega la final de la Gran Copa. Voy a llevar a tus hermanastros al estadio del Palacio Real a ver el partido. Y mientras estemos fuera tienes que limpiar la casa de cabo a rabo».

«Sí», dijeron sus hermanastros,
«cuando volvamos no queremos ver
ni un solo cacahuete debajo del sofá».

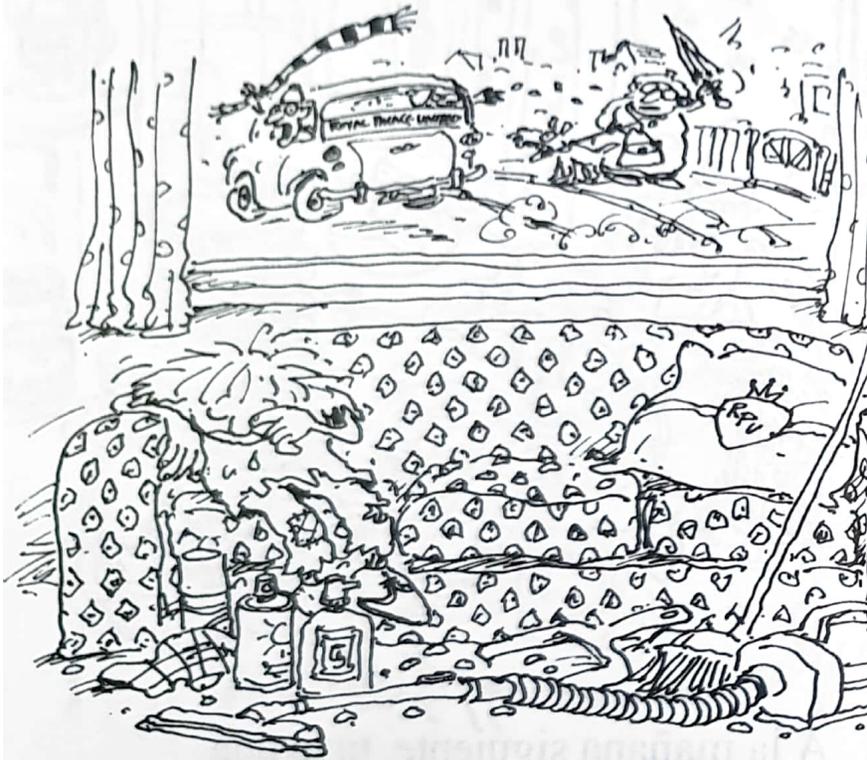


El pobre Ceniciento se sentía muy desgraciado. Deseaba ver jugar a su equipo en la final de la Gran Copa más que nada en el mundo.



A la mañana siguiente, tuvo que levantarse más temprano que de costumbre para preparar sándwiches de manteca de cacahuete para sus horribles hermanastros, que se rieron al ver lágrimas en los ojos de Ceniciento.

Cuando se fueron, gritando y tocando la trompeta, Ceniciento se dejó caer en el sofá y lloró y lloró y lloró.



Pero de pronto tuvo una idea: limpiaría la casa muy deprisa y así tendría tiempo de ver la final de la Gran Copa por la tele.

Empezó a trabajar a toda velocidad.



Lavó los malolientes calcetines de sus hermanastros



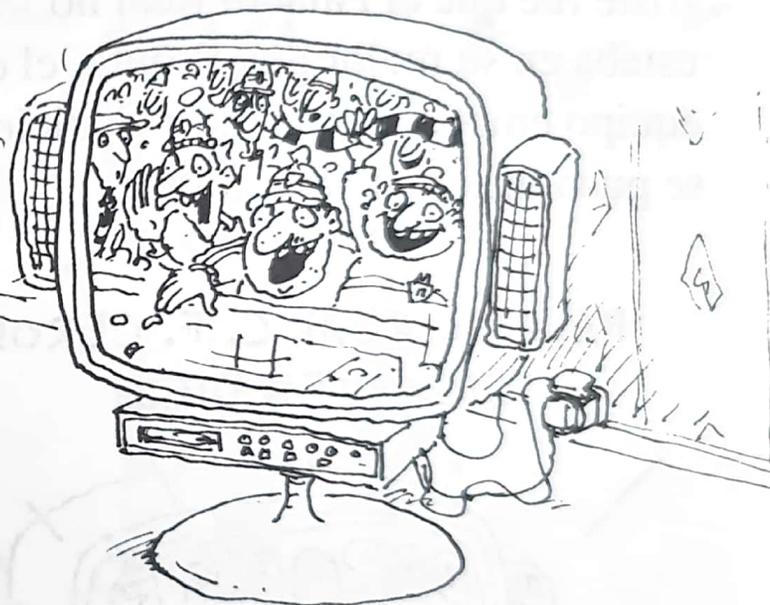
...y recogió todos los cacahuets que habían caído bajo el sofá.

Cuando por fin terminó, la casa estaba limpia y reluciente de arriba a abajo.

Ceniciento sacó su pequeño taburete, agarró el control remoto y encendió la tele.



EL PALACIO REAL ES MÁGICO!
LOS DEMÁS SON TRÁGICOS!



El partido acababa de empezar. Las gradas estaban llenas a rebosar de hinchas del Palacio Real. Ceniciento incluso llegó a ver a su padrastro y hermanastros en la primera fila, agitando sus bufandas rosas y lanzando cacahuetes al terreno de juego.

¡Cómo le habría gustado a Ceniciento estar en el estadio viendo el partido!

Lo que le hizo sentirse aún más triste fue que el Palacio Real no estaba en su mejor día. Pronto, el otro equipo empezó a marcar y Ceniciento se puso más triste que nunca.

¡PALACIO REAL C. F. CERO!
¡GIGANTES DIEZ!



Para colmo de males, justo antes del descanso ocurrió algo terrible: el capitán del Palacio Real recibió una patada en la espinilla y tuvo que ser sacado del campo en camilla.

Cuando el silbato del árbitro indicó el final de la primera parte, el Palacio Real iba perdiendo 10 a 0 y estaba jugando sin su mejor delantero.



Ceniciento lloraba tan fuerte que casi no podía oír la tele.

Súbitamente, una cara sonrosada apareció en la pantalla ante él.



«No llores, Ceni», dijo.

Ceniciento se frotó los ojos. «Algo raro le pasa a la tele», pensó. ¡Aquel rostro parecía estar hablándole a él!





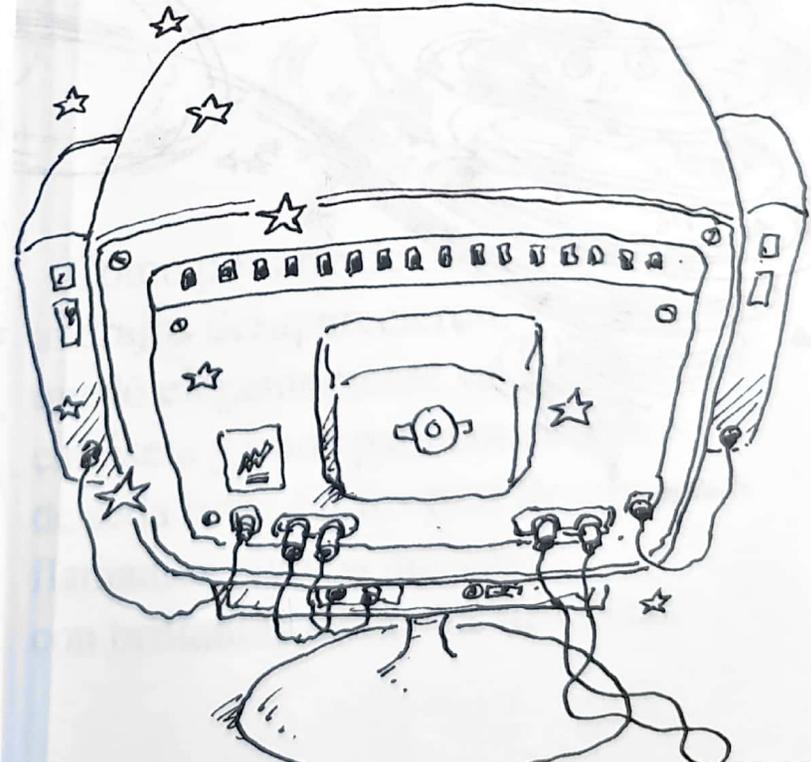
«No te preocupes. Presiona el botón 13 del control remoto», dijo la Telemadrina.



«¿Quién... quién... quién eres?», balbuceó el niño.

«Soy tu Telemadrina», contestó el rostro de la pantalla. «¿Y sabes una cosa? ¡Vas a ir a la final de la Gran Copa!».

«Pero no tengo nada que ponerme», dijo Ceniciento.



Ceniciento se secó las lágrimas con el dorso de la mano, agarró el control remoto y oprimió el botón 13.



Como por arte de magia, sus viejos andrajos desaparecieron, y Ceniciento quedó elegantemente vestido con una camiseta y unos pantalones cortos de seda rosa. En los pies llevaba unos flamantes guayos nuevos con brillantes tachuelas de cristal.

«¡Oh, gracias, Telemadrina! Pero...
¿cómo iré al estadio?».

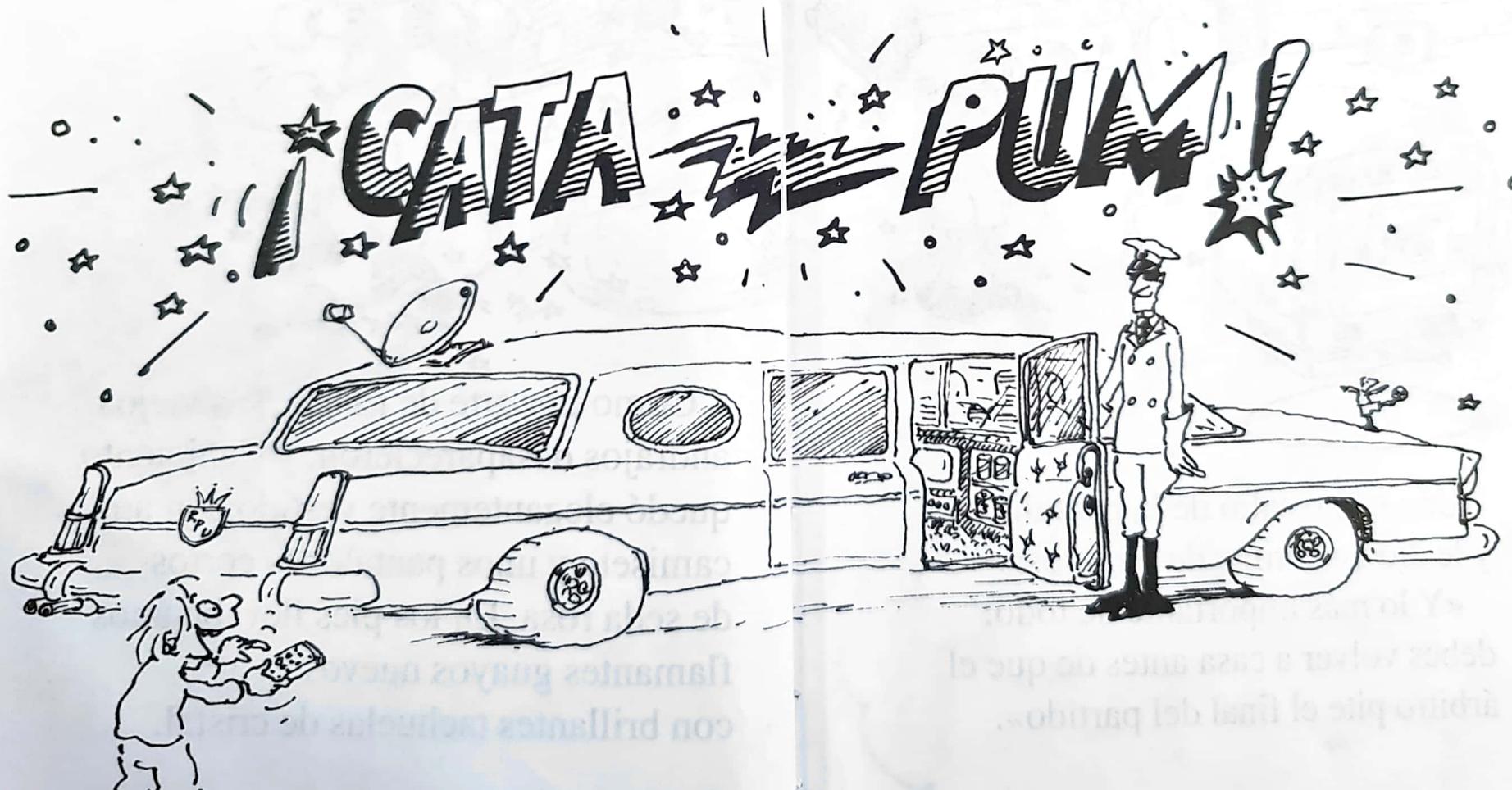
«Te preocupas por muy poca cosa»,
dijo la voz procedente del televisor.

«Presiona el botón 14 del control
remoto».

Ceniciento presionó el botón 14.

Y como por arte de magia el viejo
sofá se convirtió en una larga
y brillante limusina rosa, con un
chofer de uniforme rosa al volante.

«¡Oh, gracias, gracias!», exclamó
agradecido Ceniciento.

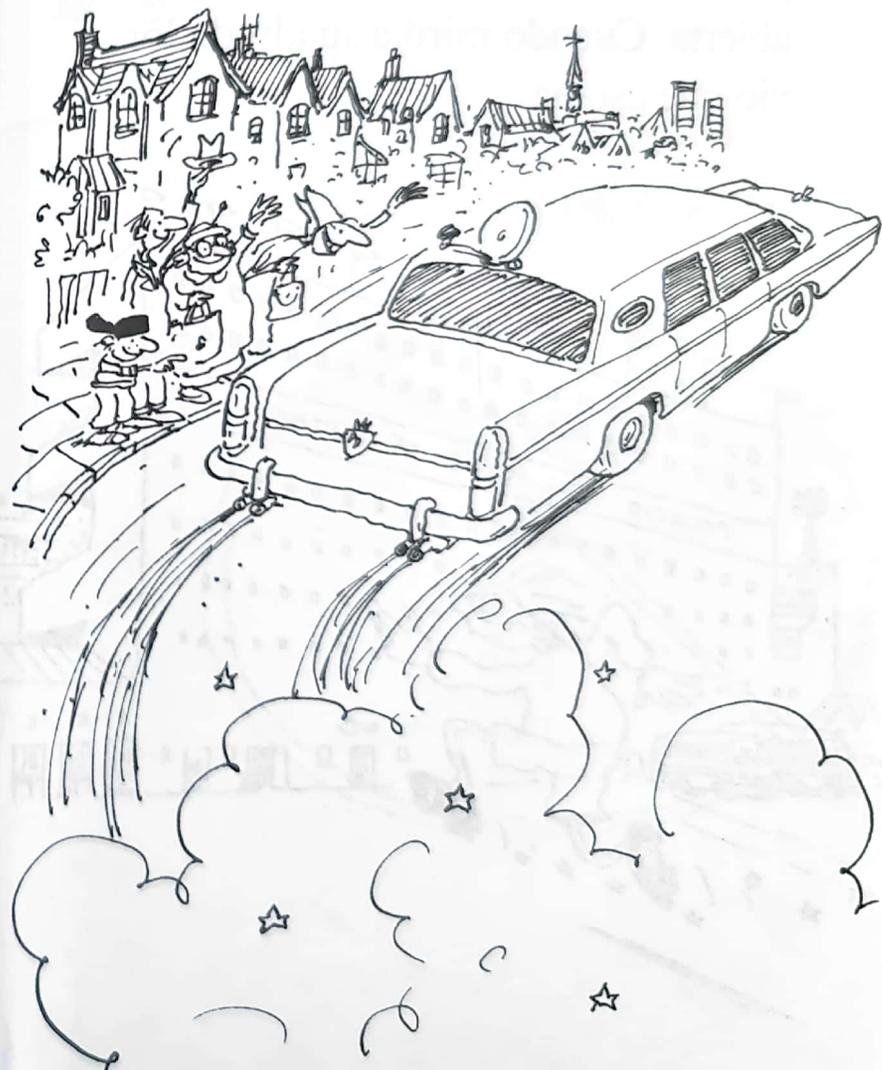


«Sólo una cosa, Ceni querido», dijo el rostro de la tele, «nadie debe reconocerte; lleva este antifaz todo el tiempo».



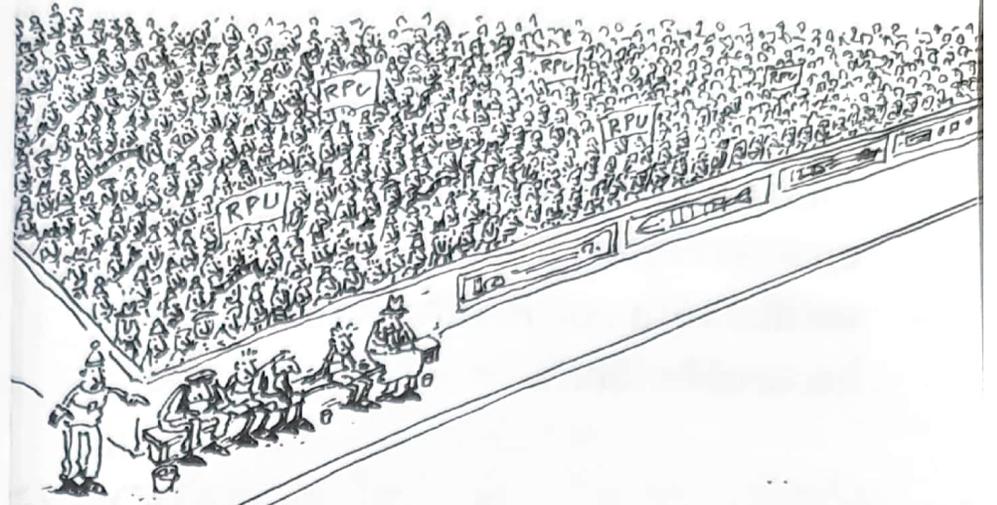
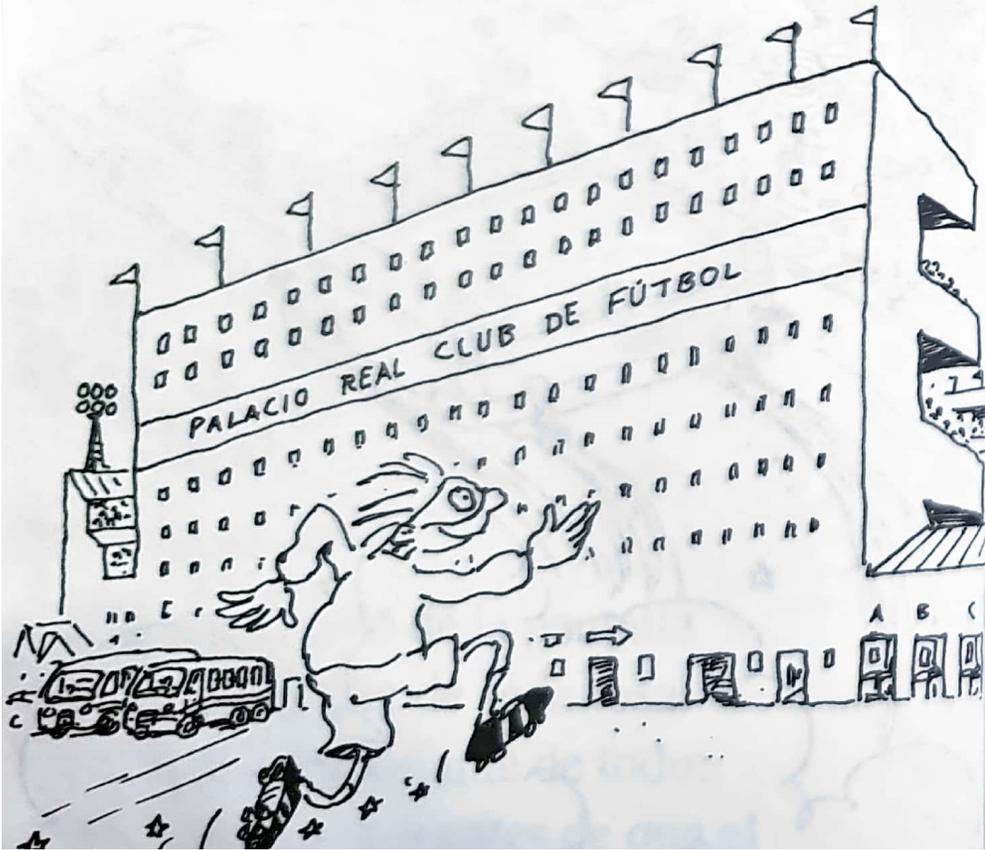
Una mano salió de la pantalla y le dio un antifaz de seda rosa.
«Y lo más importante de todo: debes volver a casa antes de que el árbitro pite el final del partido».

Sin pensárselo dos veces, Ceniciento tomó la máscara y saltó dentro de la limusina, que salió por la puerta a toda velocidad.

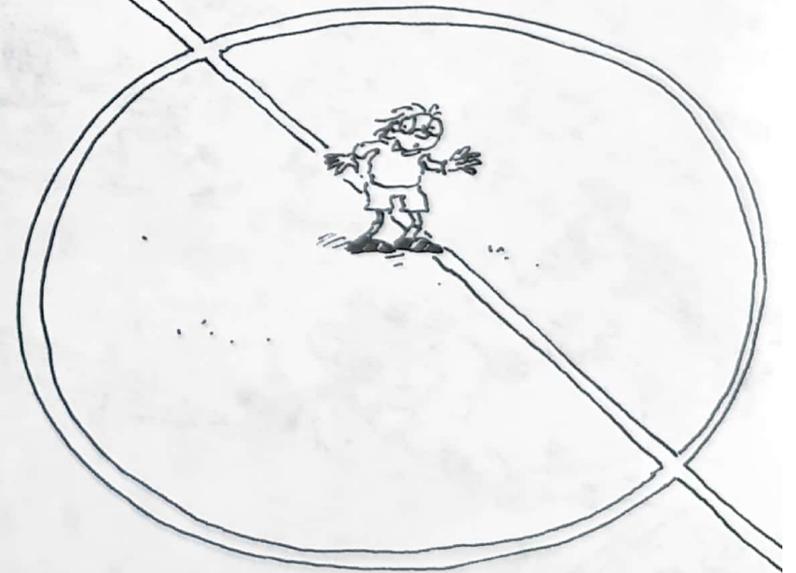


En un abrir y cerrar de ojos
la limusina llegó al parqueadero del
estadio.

Ceniciento se puso el antifaz rosa
y corrió hacia una gran puerta
abierta. Cuando miró a su alrededor
vio que estaba...



¡...JUSTO EN MEDIO DEL
TERRENO DE JUEGO!

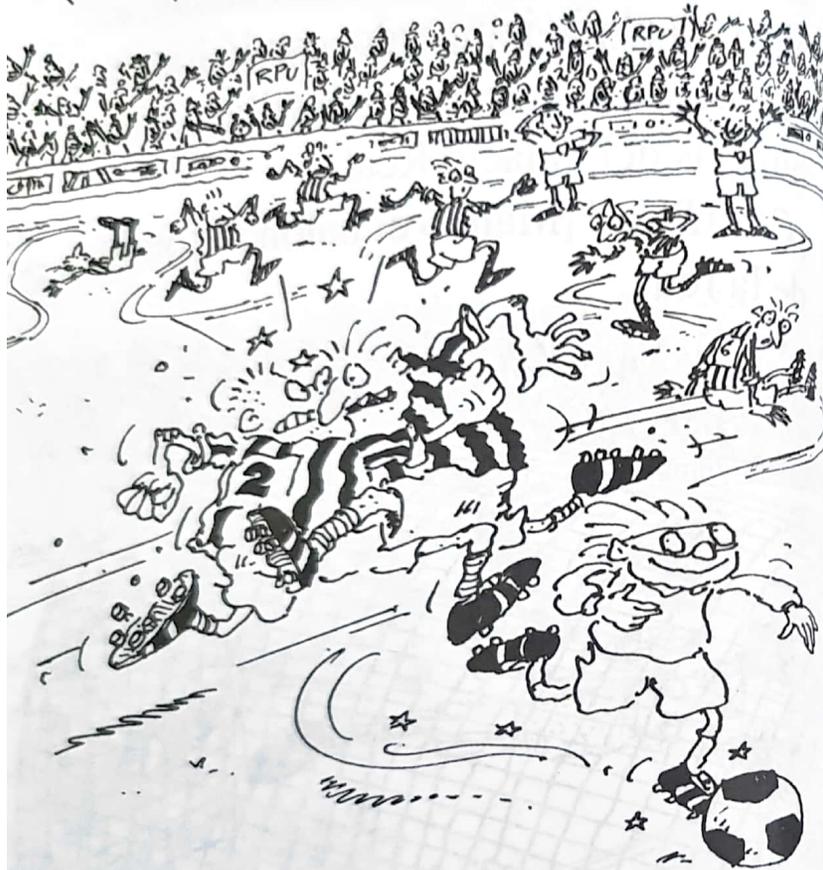


La multitud gritó enfervorizada cuando el misterioso jugador del antifaz rosa corrió directamente hacia el balón.



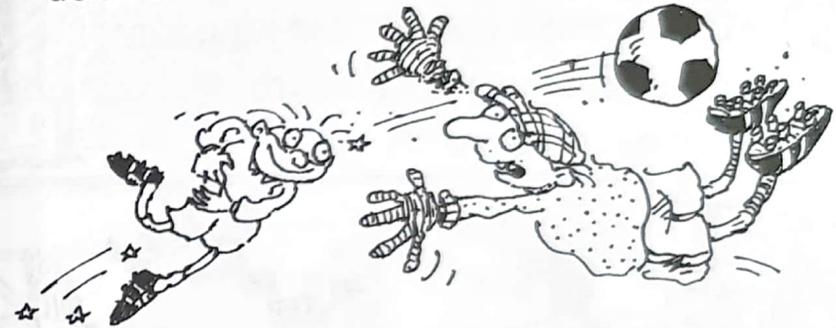
Regateó hábilmente a los jugadores contrarios, mantuvo el balón en el aire con el pie izquierdo, corrió hacia la portería y, ante los maravillados hinchas del Palacio Real... ¡CATAPUM! ¡Mandó el balón al fondo de la red!

¡EL ENMASCARADO ES MÁGICO!
¡LOS DEMÁS SON TRÁGICOS!



La multitud se volvió loca.
A los 10 minutos, Ceniciento
maniobró por el campo de fútbol con
la elegancia de un bailarín de ballet.

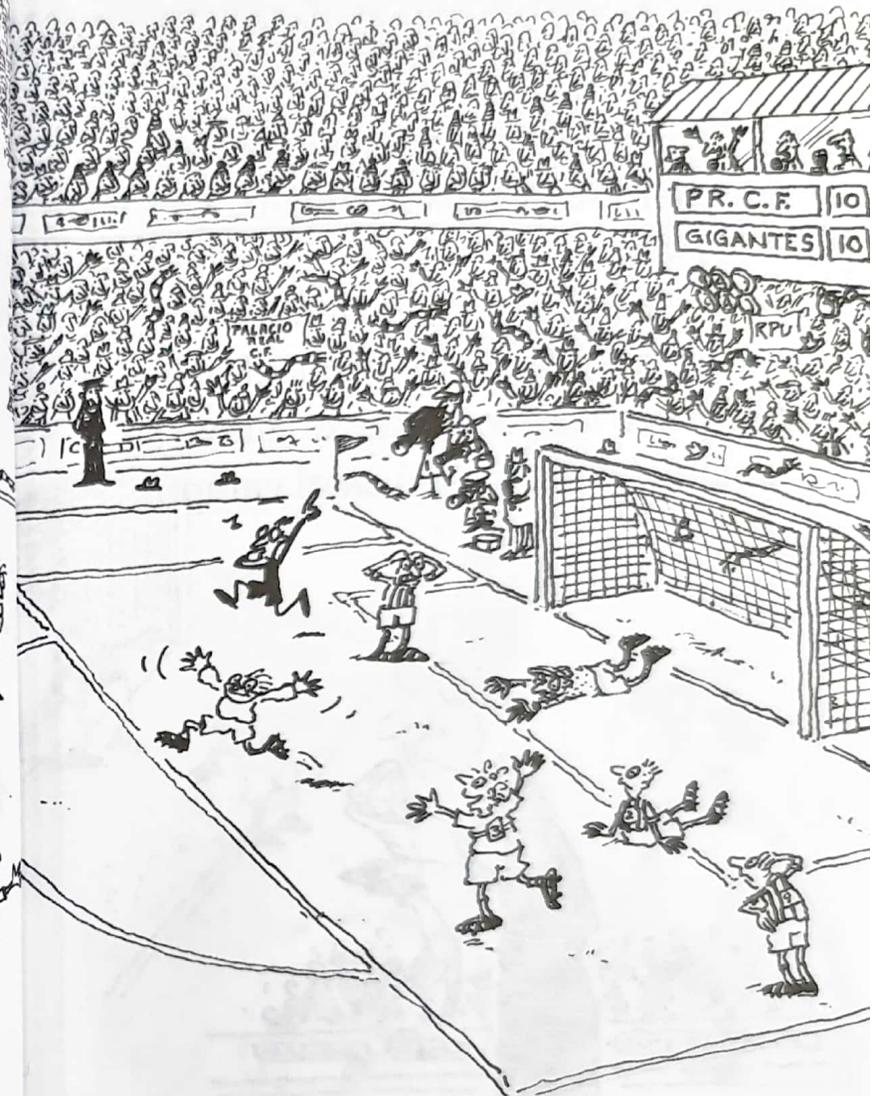
Y... ¡CATAPUM! Ceniciento marcó
de nuevo. Y... ¡PUMBA! Mandó
el balón de un cabezazo al fondo
de la red.



¡CATAPUM! Volvió a marcar
impulsando el balón con la punta
de su guayo. El estadio se estremeció
con los aplausos.



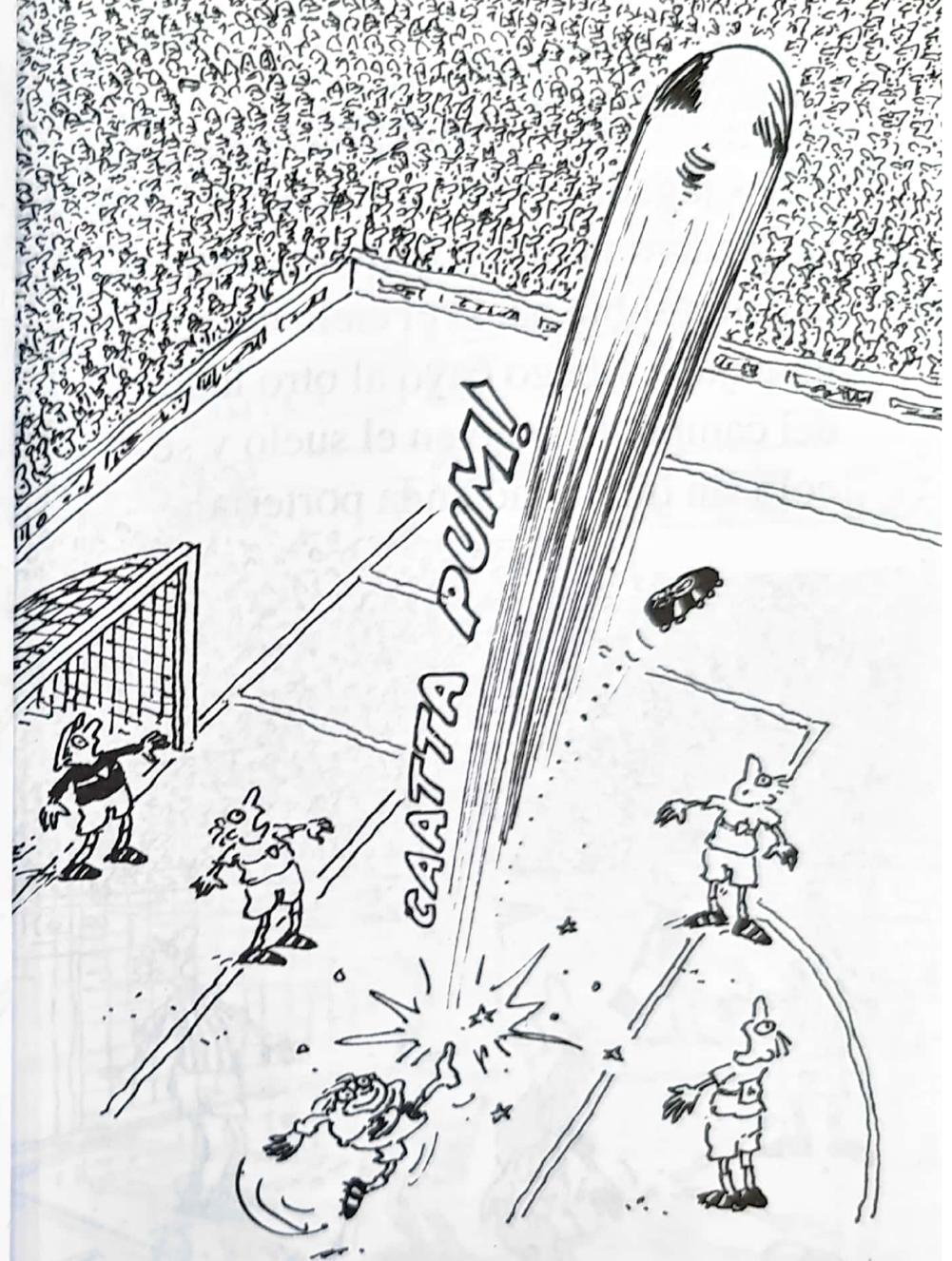
En el banquillo, el lesionado capitán del Palacio Real y Eddy Prince, el entrenador del equipo, no daban crédito a lo que veían. «Quienquiera que sea ese jugador, lo necesitamos para nuestro equipo», dijeron.



Al poco tiempo el marcador estuvo igualado: 10 a 10. Pero sólo quedaban unos segundos de juego y el balón estaba al otro lado del campo.

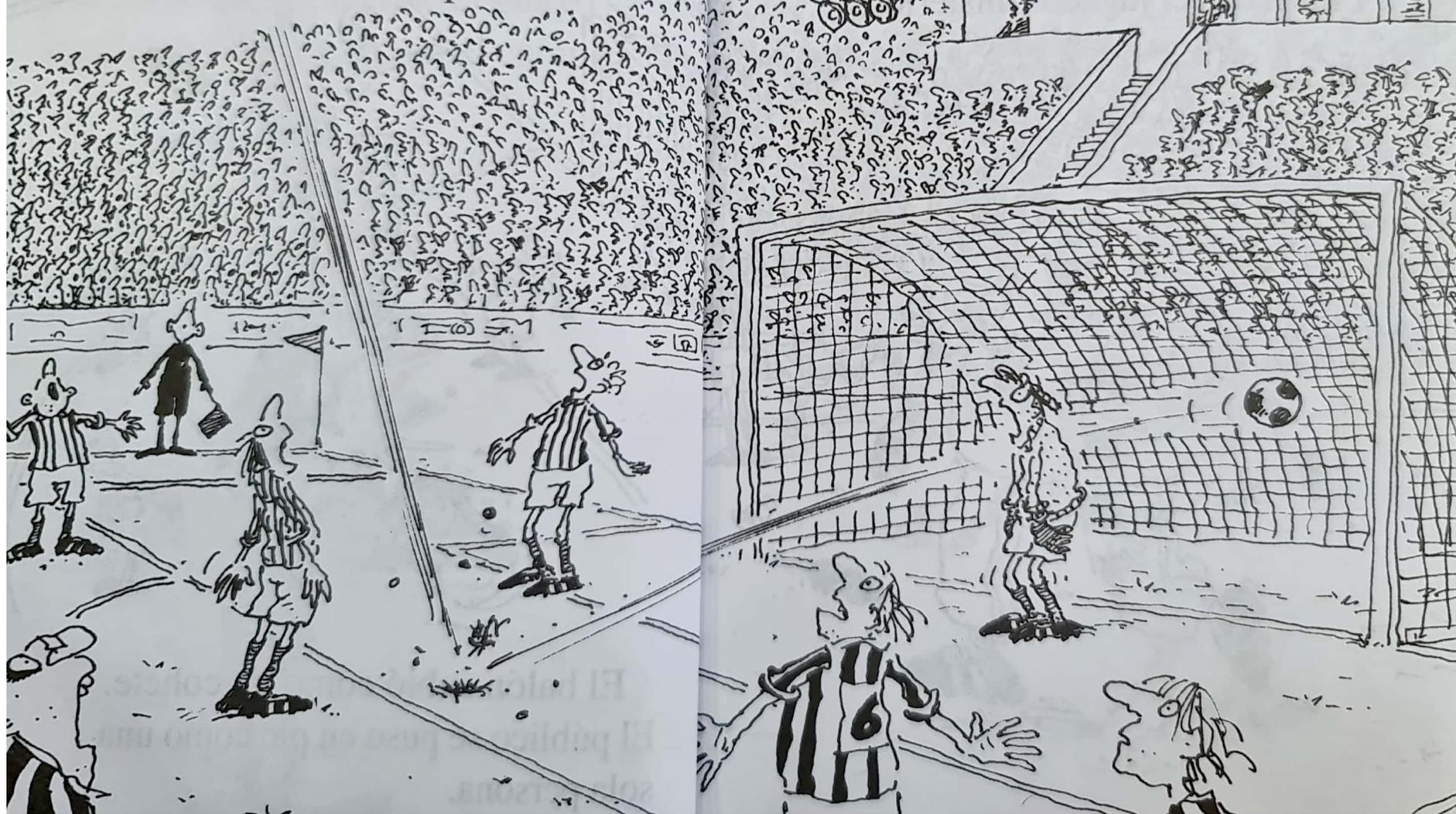
Ceniciento se dio cuenta de que el árbitro se llevaba el silbato a los labios.

«¡Telemadrina, ayúdame!», susurró. Una vez más corrió hacia el balón, y lo pateó tan fuerte que el guayo se le salió del pie y cayó en el campo.

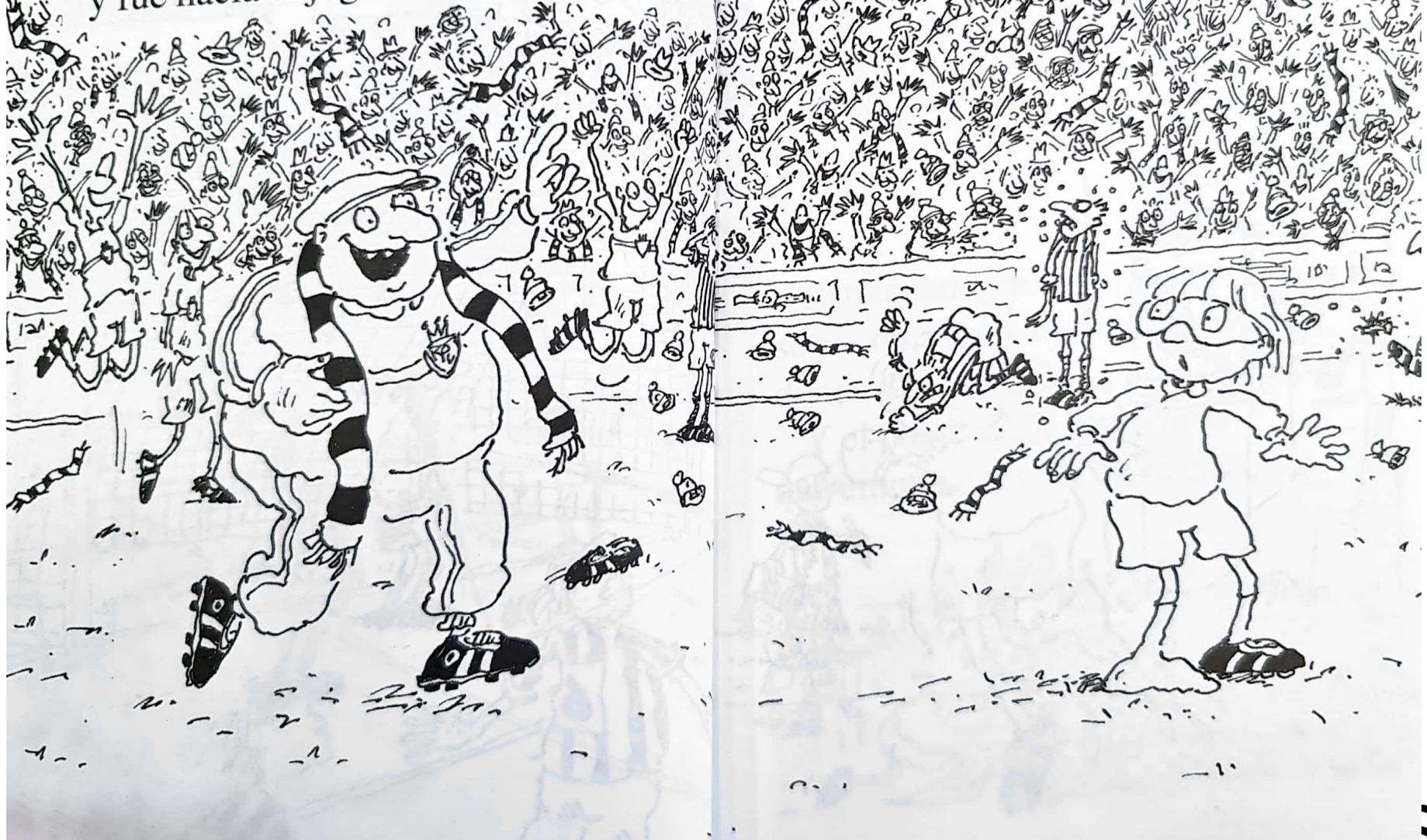


El balón subió como un cohete. El público se puso en pie como una sola persona.

Los jugadores del equipo rival se quedaron boquiabiertos mientras el balón subía hacia el cielo como un pájaro. Luego cayó al otro lado del campo. Rebotó en el suelo y se coló sin dificultad en la portería.



¡El Palacio Real C. F. había ganado la final de la Gran Copa! ¡La muchedumbre estaba enloquecida! Un millar de gorras rosas volaban por el aire. Eddy Prince saltó al campo y fue hacia el jugador misterioso.



Pero Ceniciento, recordando las instrucciones de su Telemadrina, corrió fuera del estadio todo lo deprisa que pudo, a pesar de llevar un solo guayo.



Pero cuando llegó al parqueadero se encontró el viejo sofá en el lugar donde había estado la limusina rosa. Y el pobre Ceniciento tuvo que empujar el sofá hasta casa.



El enmascarado rosa
es fantástico.
El Palacio Real es MĀAAGICO.
El resto del mundo
es TRĀAAGICO.



«¡Deberías haberlo visto!», gritaron sus hermanastros cuando regresaron a casa para celebrarlo.

«¡Sí!», se burlaron, «y el pobre Ceniciento se lo ha perdido».

Ceniciento sonrió para sí.
Esa noche, acostado en su vieja y
destartalada cama, derramó lágrimas
de alegría mientras soñaba con la
gran victoria que había conseguido
para el Palacio Real C. F., el mejor
equipo del mundo.



«Estoy buscando al misterioso muchacho enmascarado», dijo. «La persona que pueda calzarse este guayo de cristal jugará en el Palacio Real por el resto de sus días».



Al día siguiente, por la mañana temprano, llamaron a la puerta. Ceniciento corrió a abrir. ¡No podía creer lo que veía! Allí estaba el mismísimo Eddy Prince, el entrenador del Palacio Real.



«¡Oooh!», gritaron los perezosos hermanastros bajando en pijama. «¡Déjame probar! Ceniciento ni siquiera vio el partido... Trae unos cacahuetes para el señor Prince, Ceni».



El hermanastro mayor agarró el guayo de cristal de manos de Eddy Prince.



Se quitó la zapatilla e intentó meter su sudado pie en el guayo. Pero, por mucho que empujó, no logró calzárselo.

Entonces, el otro hermanastro
le arrebató el guayo.



Su pie era algo más pequeño y algo
más sudoroso. Empujó...



y apretó...



y volvió a empujar...



y a empujar...

y de pronto, ¡PLOP!, su pie se coló
en el guayo.

«¡ME QUEDA BIEN!», gritó.
 «¡Padre, padre, mira! ¡Voy a jugar
 en el Palacio Real!
 ¡Voy a ser famoso!
 ¡Voy a ser rico!
 ¡Voy a comprar una fábrica
 de cacahuetes!»



Todo el mundo me aclamará, como
 al chico del antifaz rosa... o sea, yo,
 claro».



«¡Oh!», dijo Eddy Prince,
 mirándole sorprendido. «¿Estás
 seguro de que eres tú? No estás
 en muy buena forma... ¿no?».

Entonces Ceniciento llegó desde la cocina.



En la cara llevaba... ¡un antifaz de seda rosa!

En la mano llevaba... ¡un par de pantalones cortos de color rosa!

«Bien, hermanastro», dijo, «a ver cómo te los pones», y le tendió los pantalones cortos.



Todos miraron con interés. Pero, por mucho que lo intentó, el hermanastro había comido demasiados cacahuetes para poder ponerse los pantalones.

De modo que Ceniciento se fue con Eddy Prince para iniciar una nueva vida como jugador estrella del Palacio Real C. F.



Pero como era un chico bueno y generoso, perdonó a su malvado padrastro y a sus hermanastros, y lo arregló todo para que siempre tuvieran entradas gratis para ver jugar al Palacio Real.



Inclusó pagó la operación que fue necesaria para quitar el guayo de cristal del pie de su hermanastro.

Y Ceniciento vivió muy feliz
y marcó para el Palacio Real más
goles que cacahuets había bajo todos
los sofás del mundo.



El Lobito Caperucito

Laurence Anholt

Ilustraciones de Arthur Robins



ALFAGUARA